



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

AÑO II.

Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.
Madrid, en las principales librerías.
Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma
Herrador, 8.

No se devuelven los originales que no se utilicen.

30 de Agosto 1878.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, un mes, adelantado 2 ptas.
En toda España y Portugal, trimestre, 7
pesetas; seis meses, 13 id., un año, id. 25 »
En Cuba, Pto. Rico, extranjero y repúblicas
americanas, semestre anticipado, en oro. 20 »

NÚM. 12.

Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.

SUMARIO.

Mas sobre revoluciones, por PATROCINIO DE BIEDMA.
—El porvenir de Cuba, por FRANCISCO GONZALEZ DEL HOYO.—La gran causa del bello sexo, por NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.—Poesías: Alarico en Roma, por G. BELMONTE MULLER.—No los quiero, por LUIS DE MOYA.—¿Por qué estás triste?, por JESUS PANDO Y VALLE.—Arinda, por CONSTANZA VERA.—Cartas abiertas, por GAMBORG ANDRESEN.—Noticias.—Anuncios.

MÁS SOBRE REVOLUCIONES.

No pensábamos consagrar un segundo artículo á esta importantísima cuestion social, pero las interpretaciones que se han dado al primero nos obligan á ampliarle, ya que no á explicar sus conceptos, pues entendemos que están expuestos con bastante claridad para no dejar duda del espíritu que los dicta.

Al señalar las revoluciones, esas convulsiones populares que tanto daño hacen al cuerpo social, como un mal muy grave que los hombres de buena fé deben evitar, no anatematizamos la idea innovadora que se desenvuelve lentamente de las dobles ligaduras de la preocupacion y la ignorancia, para brillar con la perfeccion relativa que á las obras humanas les es dado alcanzar; no intentamos detener la corriente del espíritu moderno, que lleva al pensamiento á su más alta significacion; no queremos, de ningun modo, poner límites á la razon, reguladora de nuestros actos, segun el criterio moral del ser libre; no pensamos, en fin, oponernos ni al progreso social ni político, ni siquiera individual; sólo deseamos evitar esas tendencias disolventes, y esas coaliciones destructoras, que por lo mismo que determinan un estado anormal constituyen un peligro constante para todos los elementos de vida, de fuerza y de grandeza, que como herencia de los siglos guarda y aumenta cada generacion.

Inútil es que se nos señalen nombres ilustres españoles ó extranjeros, que hayan dado

vida á las doctrinas revolucionarias; los conocemos, los admiramos, y ellos son la mejor prueba de lo que decimos.

Imposible es negar á esas notables personalidades condiciones de carácter, de inteligencia, de valor y de patriotismo; así como es imposible desconocer que ellos han sido los primeros en tocar los fatales resultados de sus teorías.

Toda idea de progreso tiene una anchura y noble base, pero desgraciadamente, hasta ahora, las revoluciones no han logrado fijar sobre ella otra imagen que la del terror: las manos torpes é interesadas que revuelven sangre y lodo, no han podido moldear la forma simpática y atractiva del derecho y del bien, sino un ídolo de repugnante deformidad, que arrastran por el suelo los mismos que lo elevaron.

Las revoluciones existirán mientras haya más vicios que virtudes, mientras no logre la razon encauzar en límites regulares aspiraciones insensatas, mientras el poder y la justicia no sean sagrados, é inmutables las leyes morales y sociales.

Luche la inteligencia, exija el derecho, lleve el pensamiento sus innovaciones regeneradoras al campo social y político, así como al moral y filosófico; acostúmbrese al hombre al respeto mútuo; conquístense para él privilegios que eleven su condicion; nivélense aspiraciones y concesiones, pero olvídense para siempre esa trágica teoría de la fuerza, tan impropia de la cultura intelectual de que alardea nuestro siglo; suprimáanse de una vez los *professeurs de barricades*, como decían los franceses refiriéndose á los héroes de sus calamitosas conmociones, y vengan los profesores del trabajo honrado á mejorar las condiciones de vida material y moral del pueblo, á fin de extinguir en sus labios el reproche de un fatal contraste, y la queja de un amargo abandono.

Los revolucionarios de buena fé llevan á la lucha su razon, su dignidad y su patriotismo, y tienen que retroceder empujados por los que llevan sus ambiciones y sus venganzas, ó son víctimas de los mismos á quienes

alentaron, cuando no necesitan ni su direccion ni su prestigio.

En una de las naciones mejor organizadas de Europa, acaba de decir un notable hombre de Estado: «Las pasiones largo tiempo reprimidas, las esperanzas desvanecidas, implearán á explosiones violentas, que á nadie será más difícil impedir que á los que las dirijan, pues las revoluciones, hasta el día, han exterminado siempre, en primer lugar, á sus autores.»

Si el general alemán tiene ó no razon, dígalo la historia de todas las convulsiones sociales.

No hacemos política; no juzgamos hechos recientes, y por lo tanto dudosos, sino sucesos pasados conocidos de todos, y sobre los cuales puede exponerse una opinion particular; por eso, y respetando siempre el móvil honrado y leal que haya dado vida á causas cuyos tristes efectos hemos tocado, podemos muy bien condenar estos resultados positivos de aspiraciones ideales, señalándolos como ejemplo y leccion.

No se interprete, pues, lo que franca y lealmente se expone; condenamos los excesos, la tendencia disolvente de las revoluciones de todos los países, que nada respetan; especie de avalancha que cae sobre las sociedades, ensanchando á cada paso su mole destructora, porque en todas partes tiene la corriente revolucionaria inutilidades peligrosas que recoger, y respetamos la tendencia al progreso por medio de un sistema, que ha servido de pretexto en muchos casos para ese resultado fatal.

No aludimos á épocas ni personas; condenamos aisladamente el hecho práctico, el suceso histórico, tal como se le conoce.

Por lo demás, tampoco creemos que á las revoluciones se deben las ventajas de la civilizacion actual; ántes bien la humanidad ha sido detenida en su marcha progresiva hácia el bien por esos hondos abismos que la crueldad y la ambicion han llenado de sangre y lágrimas.

No son conquistas de la revolucion ni nuestras leyes, ni nuestros derechos, ni nuestras

libertades; son conquistas legítimas de la inteligencia que vá por sí misma hácia la verdad absoluta, paso á paso, como al mar los rios, sin necesidad de que la arrastre consigo, para extraviarla entre el lodo, la corriente impetuosa del desórden.

Tenemos en mucho la razon humana, foco de toda luz, fuente de todo bien, para admitir que las revoluciones sean necesarias en el órden moral, como las tempestades en el órden físico.

¡No! La idea que emana de Dios, con sus aspiraciones sublimes, con sus esperanzas ideales, con sus descubrimientos maravillosos, no puede, bajo ninguna presion, condensarse y estallar como el átomo inconsciente que flota en la atmósfera.

Allí donde hay una inteligencia, un sentimiento y un corazon, es fuerza que haya una forma de raciocinio, que limite y ordene las sensaciones, porque el pensamiento del hombre no ha de ir á merced de un extraño impulso como el vapor de las nubes al soplo del viento.

Al hacerse, pues, las revoluciones, no se cumple una ley moral á que el hombre se somete, se sufre una consecuencia del cansancio, de la ambicion, de la falta de virtudes morales de que generalmente adolecen las multitudes, explotadas para su provecho por el más hábil.

Hasta diríamos que son un resultado de la ociosidad y los vicios que se lanzan á ese azar en busca de un cambio ó de una fortuna, pues ni el obrero honrado, ni el industrial inteligente, ni el sabio, ni el filósofo, ni el artista provocan nunca esa bacanal inmunda que pasea el carro de la fuerza brutal sobre el cuerpo indefenso de las sociedades.

No, esos seres que arrastra la revolucion como el torrente las flores de su orilla, protestan desde el fondo de su alma de esa forma odiosa de la manifestacion de una idea que los mismos que la acogen hacen imposible, porque la violencia, por más que recorra el mundo á saltos como el famoso caballo de que nos habla la mitología pagana, no ha de llegar allí donde no llega la conviccion de la inteligencia. Y no sólo no creemos y no admitimos, sino que negamos enérgicamente, con toda la conviccion de nuestra fé, que á las revoluciones se deba el que las doctrinas de Jesucristo, rebasasen las catacumbas de Roma, y se extendiesen por el mundo como torrente de amor y de consuelo.

Nuestro apreciable redactor ha ido demasiado lejos en su amor á las revoluciones, cuando dice que sin ellas las doctrinas del Redentor no hubieran salido de las catacumbas.

Lo que lleva en sí vida divina, aliento inmortal, puesto que emana de Dios, no necesita para nada la fuerza de esa miserable convulsion de vicios en que se revuelve impotente la humanidad.

Las doctrinas de Jesucristo no se han fortificado ni arraigado en una eventualidad social, sino en su origen de verdad inmutable.

Los mártires de la Religion no la han hecho, la han comprendido, y al comprenderla por revelacion de la fé, no por intuicion espontánea, le han ofrecido su vida como homenaje, pero no como alimento, que no ha de necesitarlo lo que vive en sí mismo, de sí mismo y por sí mismo; lo que es causa y origen; verdad inmanente y verdad tangible; principio y fin infinito de toda actividad viviente y consciente, forma inmutable de toda aspiracion del bien.

Si las leyes de Jesucristo, como código moral y espiritual hundian con estrépito leyes sin justicia y privilegios odiosos; si esa disolucion de costumbres y errores producía la perturbacion social que termina en una revolucion, ésta sería consecuencia de la pequeñez del poder humano, que incapaz de rete-

ner su preeminencia sobre la ley divina, luchaba vencido por no acatar la verdad que en un dogma de amor se le ofrecía, pero de esa lucha, de esa rebeldía de la costumbre del mal contra la revelacion del bien, no puede admitirse que emanase la fuerza de lo que desde su principio era fuerte con la fortaleza de Dios, sino la prueba de lo débil que es la voluntad del hombre cuando obedeciendo á su egoismo y sus pasiones, lucha contra aquello que debe ensalzar.

Como los mártires de la Religion contra la sociedad pagana, luchan hoy los mártires de la ciencia, de la razon y el derecho contra las turbas revolucionarias, y á traves de sus errores, de sus exageraciones imposibles, de sus violencias destructoras, sostienen su idea, que no se engrandece en los motines, sino que flota sobre ellos como el arca que lleva la semilla de la vida futura, la esperanza de los siglos.

¡Oh, que gran día será aquel en que ni se hagan ni se aplaudan las revoluciones!...

¡En que la inteligencia prepare el cambio moral y social, sin que la fuerza ahogue el germen de prosperidades que en él se encierra!...

Entre tanto, porqué apegarse á lo que reconocemos brutal y peligroso!... ¡Pobre idea la que llegue á nosotros por ese camino!

No entablamos una polémica, imposible por la índole de nuestro periódico, y peligrosa por el asunto de que se trata; así pues, no podemos contestar á Juan de Padilla de otro modo que agradeciéndole sus palabras, y advirtiéndole que en esos mundos que él nos dice ser tan ajenos á nuestras pequeñeces, se exagera también, cuando se nos llama *hija de la revolucion*, siendo así que nada tenemos de comun con ella á no ser la repulsion que nos inspira, como todo aquello que se nos presenta bajo una forma violenta y brutal.

Aceptamos sin embargo su consejo de pedir la ilustracion como medio de hacer la única revolucion posible: la revolucion científica que ha de hacer inútiles todas las revoluciones!...

PATROCINIO DE BIEDMA.

EL PORVENIR DE CUBA.

II.

HEMOS dicho en otro artículo que la primera cuestion que embarga la mente al tratar de reconstruir sobre base firme, no sólo la riqueza material de Cuba, sino los elementos mismos de su heterogénea y quebrantada poblacion, es la cuestion de raza.

En efecto: un convencimiento profundo que cuenta muchos años de elaboracion, nos dice que cuanto se intente ó se haga para asegurar la paz y la prosperidad de Cuba y salvarla de los conflictos y rigores con que la amenaza de cierto un porvenir cercano é inevitable, sería nulo ó efímero si no se comienza por dar á la raza blanca sobre la raza negra una superioridad numérica tan grande é incontrastable, como la que le adjudica naturalmente la mayor elevacion de sus cualidades morales é intelectuales.

La fuerza de las dos razas resultará hoy igual ó casi igual en la magnífica Antilla: es decir, que de 1.500.000 habitantes 750.000 han de ser negros ó mulatos; pero la desigualdad, si hubiera alguna, acaso estaría en favor de la raza africana, que además cuenta con una proporción de varones de un 60 á 70 por 100, en tanto que la blanca apenas pasará del 40.

Considérese despacio lo que esto significa, y que si todavía no ha llegado el día en que la fuerza bruta del número demande allí sus fueros, puede llegar muy en breve, toda vez que los libertos de color han de ir creciendo sin cesar hasta que no quede ninguno en la servidumbre, y que el nuevo régimen constitucional de Cuba ha de dar forzosamente importancia política á los negros y mulatos, sacando por consiguiente á la su-

perficie los antagonismos y ocultos rencores que separan á las dos razas.

No es aventurado, no, sino muy cierto que la abolicion y la nueva vida constitucional de Cuba, han de desarrollar en los hombres de color mayores bríos para una lucha de que ellos mismos deben estar ansiosos, como todos los que salen de la opresion, lucha en que se jugaría otra vez cuanto vale y tiene la Isla, y que aún con la victoria podría costarnos hartos más cara que la que acaba de terminar.

Sabido es que las fuerzas iguales son ocasionadas á choques y conflictos, según lo declara una ley de la física, y que para evitarlos no hay más medios que los de separarlas, ó aumentar la una ó disminuir la otra, esto es, hacerlas desiguales, y entónces la fuerza superior domina y la otra obedece sin resistencia, como la débil caña al soplo del vendabal.

Es necesario que la raza africana continúe gobernada, aunque libre, por la europea, porque el gobierno en cualquier estado bien regido pertenece á los mejores y á los más sabios, y no cabe ni remotamente paralelo entre blancos y negros respecto á moralidad y sabiduría; y también que España haga imposible para siempre en Cuba la lucha de las dos razas, á cuyo fin es indispensable que levante la suya tan alta que no le quede á la otra más partido que el de la obediencia, pero dentro por supuesto, de la justicia y de la libertad, porque la libertad y la justicia son ya unas conquistas universales del progreso moderno que no pueden ser en lo sucesivo impunemente confiscadas á raza alguna de cuantas pueblan la tierra.

Harta fortuna es para la africana, que en su patria vegeta aún en la barbarie, sometida á la esclavitud más brutal y presa del horror del canibalismo, sin haber dado un paso en la senda del progreso hace veinte siglos; alcanzar un puesto seguro y honroso en medio de pueblos ilustres y sabios, donde merced al trabajo, á la instruccion y al ejemplo, pueda ir desarrollando poco á poco sus fuerzas intelectuales, con el fin de llevar algún día á sus hermanos el fruto de la ilustracion adquirida y extender la civilizacion á todo el continente donde nació; que ese debe ser el destino providencial de los negros llevados al nuevo mundo, como parecen indicarnos las fundiciones inglesas, españolas, holandesas y portuguesas del Golfo de Guinea y del Cabo de Buena Esperanza, y más todavía la república de Liberia, poblada de negros libres de los Estados Unidos.

¡Hé aquí la gloria ofrecida también como premio á esos pobres negros despues de tres siglos y medio de rudos trabajos en el mundo americano!

Otras razas más ilustres han sufrido á su vez pruebas no ménos duras y mucho más largas, con la circunstancia de que la redencion alcanzada ha sido á costa de su propia sangre, mientras la raza negra se encontrará redimida, no por lo que ella ha hecho ó vale, sino por el esfuerzo y la magnanimidad de los hombres blancos.

Pensamos, pues, que el porvenir de la raza negra está visiblemente en Africa, que allí debe dirigir sus miradas y que allí debe también encaminarla la sabiduría de las naciones; pero de ningún modo en América, donde su sola presencia ha sido ya causa de grandes catástrofes, como la guerra gigantesca de los Estados Unidos, y ha dado amarguissimos frutos al progreso, como en Haiti y Santo Domingo, y que los daría aún peores en Cuba y en Puerto Rico, si por fortuna no estuviera España encargada de impedirlo.

Es un hecho evidenciado por la historia universal que una gran parte de los problemas políticos é internacionales que han agitado y agitan al mundo, reconocen por causa la aspiracion permanente de nuestra especie á constituirse por razas y nacionalidades con la debida separacion.

¡Y si esto sucede entre pueblos de idéntica ó muy parecida fisonomía, que no tienen entre sí nada de repulsivo en ningún sentido, excepto la diversidad de costumbres adquiridas, las enemistades históricas ó las preocupaciones religiosas; considérese cuántos peligros, qué de amenazas deben hervir allí donde vivan á la par dos razas natural y profundamente desiguales, á quienes el simple instinto impide confundirse, como acontece en nuestras Antillas!

Cierto es, por otra parte, que se nota alguna ten-

dencia á la union y cruzamiento de unas razas con otras, pero eso sólo sucede dentro de marcados límites. Tenemos una piedra de toque segura para averiguar los puntos de afinidad y las probabilidades de asimilación ó de incorporación de que son susceptibles las diversas razas humanas, el amor.

Efectivamente vemos que ese agente universal, libre, sutil y cosmopolita como ninguno, aproxima, mezcla y confunde, ayudado del tiempo, ciertas razas con poca ó ninguna repugnancia, mientras hay otras á quienes mantiene en perpetuo alejamiento á causa de una incompatibilidad insuperable. Tal sucede con la blanca y negra.

El blanco suele franquear excepcional y malamente esa barrera impelido por brutal sensualidad; nunca por amor: el negro la franquearía sin cesar, á serle posible, y otro tanto haría la negra, porque ambos se inclinan mucho más á la raza blanca que á la suya propia, como que es natural en las razas inferiores aspirar á confundirse con las superiores; pero la mujer blanca, que parece, y es sin duda, la guardadora fiel de los lindes de las razas lo mismo que de la pureza y la honra de las familias, opone y opondrá eternamente invencible resistencia á la confusión de los dos colores.

El órgano de la vista es el más delicado y descontentadizo de nuestros sentidos, y lo que él instintivamente rechaza queda por el hecho rechazado también para siempre de nuestro íntimo afecto, á pesar de todas las recomendaciones de la razón.

Además el color parece el primer signo de identidad fisiológica y el vínculo más ostensible y poderoso de cuantos ha destinado la naturaleza á la atracción y á la union de lo que ella ha querido que se acerque ó que se una, y sabido es que el blanco y el negro notan á la simple vista las diferencias radicalísimas que los separan, bien persuadidos ambos de que jamás llegarán á reunirse en cordial afecto y menos en el santo amor que borra todas las diferencias.

Pues bien: lo que el amor repugna, lo que él no une, debe mantenerse prudentemente separado y alejado, y sería inútil y aún pernicioso que quisiera acercarlo ni unirle la ciega voluntad ó el bastardo interés de los hombres. Todos sabemos ya que es imposible la paz duradera, la civilización y el progreso en cualquier país donde coexistan á la vez dos razas igualmente numerosas pero forzosamente enemigas: una envidiada, otra envidiosa; aquella avesada á ser señora y ésta dolorida de la servidumbre pasada y presente y llena todavía de instintos y reminiscencias salvajes.

El idioma, las costumbres, las creencias religiosas, son vínculos más ó menos pasajeros y eficaces que el tiempo fabrica ó modifica á su antojo para acercar y confundir entre sí á pueblos y naciones cuyos individuos, ó son iguales en el color y en la raza, ó sólo se diferencian en leves tonos y rasgos que en vez de chocar y alejar seducen y atraen; pero, ¡ay! ni el idioma, ni las costumbres, ni la religión, cualquiera que ella sea, tienen bastante virtud para llenar la profunda sima que separa la rosa y el alabastro, el nácar y el jazmin, del ébano bruñido, del betún y del azabache.

No crea nadie por lo dicho que el que escribe estas líneas sea de ningún modo enemigo de la raza negra, no. Bien al contrario, esa raza infeliz nos ha merecido siempre toda clase de miramientos y la conmiseración y el cariño más entrañables; pero con todo eso y por eso mismo tal vez, vemos claro que ni su propio interés ni el de nuestra raza aconsejan la coexistencia de ambas en proporciones peligrosas, tal cual se hallan en Cuba y Puerto-Rico.

Volveremos á decirlo, puesto que esta es nuestra tesis favorita. La unidad de raza dentro de cada nacionalidad ó circunscripción geográfica, nos parece el ideal perfecto, en orden al equilibrio, al sosiego, la paz, el progreso y la seguridad de los pueblos.

La idea de unidad, mirese como se quiera, se nos presenta siempre como un signo decisivo de fuerza, de poder y de justicia. Ella es todo lo grande, todo lo verdadero y todo lo eterno. Dios es la primera unidad y la más indivisible de todas. El universo es uno, uno también el espacio sin límites y uno el tiempo. Los soles son grandes unidades de la unidad universal: los planetas y satélites son unidades también, aunque eslabonados á los soles y á los planetas por leyes eter-

nas para recibir y transmitir de unos á otros el movimiento, la luz, el calor y la electricidad, agentes poderosísimos cuyo aliento esparce la vida á millones de millones de mundos. La unidad, pues, lo es todo; fuera de ella ni hay ni puede haber nada.

La unidad de la especie humana es un hecho, pero dentro de esa unidad está la variedad de razas, que es otro hecho y ambos sin duda demuestran la voluntad del Creador de que cada uno ocupe en la tierra el lugar que le corresponde. Ciertamente es que la conquista y la guerra han traído y llevado alternativamente unas razas sobre otras; pero ó han acabado por confundirse cuando se vieron juntas, como se confunden dos hermanos al cabo de larga ausencia en el antiguo hogar paterno, ó han vuelto á separarse y á entrar cada una en su cauce natural, como las aguas de los ríos después de una inundación.

De lo dicho se desprende que la fuerza, la solidez y por consiguiente la verdadera y permanente riqueza de un pueblo cualquiera, han de estar cimentadas sobre la homogeneidad, la union y la armonía de sus habitantes. Ya pasaron los tiempos infelices en que fué posible la aplicación de aquella máxima traidora de la escuela de Maquiavelo: *divide y dominarás*. Los honores postizos, las distinciones arbitrarias y aún los títulos más altisonantes no confirmados por el mérito personal, sólo dividen y preocupan en nuestros días á los tontos ó á los malvados y ni unos ni otros lograrán hacer suyo el porvenir ante las maravillas del talento y de la ciencia.

Hoy los hombres se comunican y se entienden á través de los mares y continentes por medios que jamás soñaron ni aún los dioses de la antigüedad, y saben de sobra que deben unirse en intereses y en afectos para no ser dominados los unos por los otros en provecho de unos pocos que son los peores, pero tan hábiles como débiles. Un principio sagrado, el de la justicia, ha levantado y tremolado la enseña de la libertad por todos los confines de la tierra, y ese principio y esa enseña no consienten para lo futuro los falsos equilibrios del pasado en que la astucia de algunos valía la esclavitud de todos. La verdad ha venido á ser oída y entendida por la especie humana en general; esa verdad que rechaza las mistificaciones artificiosas y las caricias hipócritas como cosas burlescas y atentatorias á su decoro, vengan de donde vengan.

Es, pues, indispensable que todo gobierno, que toda dominación, tengan en lo adelante por base firmísima la voluntad, el interés, el consentimiento y el acuerdo de la totalidad ó de la inmensa mayoría de aquellos á quienes han de regir, y si esto no se consigue por torpeza ó por malicia, bien será fácil el dominio de un día, pero al siguiente se hundirá la obra como levantada sobre arena, sin haber conseguido otro fruto que las maldiciones del Cielo y el odio destructor y temible de los hombres.

¿Pero qué voluntad armónica, que interés común, qué consentimiento, qué acuerdo puede resultar de la totalidad ó de la mayoría de un pueblo formado por mitad de dos razas á quienes la naturaleza inflexible ha separado para siempre?

Cuba, como la mayor de las Antillas (mide 3.600 leguas cuadradas de superficie y es, por consiguiente, una de las islas más grandes del mundo) necesita para asegurar su porvenir al nivel de su importancia, recibir exclusivamente en su seno inmigrantes españoles hasta multiplicar diez veces su actual población y otras tantas ó más su riqueza. Entonces sería Cuba el pueblo latino más rico y más poderoso de la América y mediante el patrocinio de España, con el cual se había dado en pocos años toda suerte de instituciones locales al compás de su crecimiento y adelanto progresivo, vendría á ser por la fuerza natural de atracción de todo lo grande hacia lo pequeño, el centro, la dirección y el amparo de los otros pueblos americanos de su raza, cuando lleguen, que llegarán los conflictos que guarda el porvenir. Es decir, que Cuba con España á la cabeza, sería el dique reclamado en América por el espíritu latino ante el espíritu y la ambición de la raza sajona, á fin de que se mantenga allí como aquí el equilibrio de ambas ilustres razas y no desaparezca la una absorbida por la otra y con ella el hermoso idioma y las tradiciones gloriosas de los descubridores del nuevo mundo.

O Cuba está llamada á ese magnífico destino, mediante una sincera union con España, á la vez que una y otra comprendan con ahínco la noble y grande tarea de regenerarse á sí mismas para darse como un modelo de su raza allende el Atlántico, y conducirla á una especie de *federación* hispano-americana, cuya misión sea defender y garantizar la existencia independiente de cada pueblo contra el enemigo común, y propagar hasta el infinito el culto de las letras, de las artes, de las ciencias y de las tradiciones patrias, ó esa isla continuará sometida á la adversidad con el resto de los pueblos hispano-americanos bajando la pendiente de su perdición, hasta que al cabo de cien revoluciones y trastornos sangrientos queden definitivamente borrados del gigantesco continente que heredaron de sus gloriosos, pero incapaces progenitores.

Sabido es que nuestros abuelos tocados de una enfermedad que todavía nos agobia, no supieron constituir en América pueblos robustos, de espíritu progresivo y enérgica iniciativa que los hiciera propios para una vida independiente y fecunda frente á otros pueblos, no mejores, ni más inteligentes, ni más nobles; pero sí más instruidos y racionales cuyo prodigioso desarrollo es hoy el asombro del mundo, y una lección afrentosa para los que no han podido igualarlos ni imitarlos á causa de las bajas supersticiones y fatales hábitos tomados de sus mayores.

Pero también es sabido que el instinto de la propia conservación hace en las razas como en los individuos verdaderos milagros; y que la familia hispano-americana aunque abatida, maltratada y pobre, al lado de una rival riquísima y formidable, que forma, á no dudarlo, el pueblo más pujante y robusto de toda la tierra; tiene sobrada vida y dignidad para resignarse á desaparecer, dejando en manos de su gran competidora la herencia debida á las hazañas de sus gloriosos antepasados.

Por eso se ha visto desde la independencia de las repúblicas hispano-americanas, afluir á Cuba y á Puerto Rico una buena parte de la población española diseminada antes por Méjico, Perú, Chile, Buenos Aires, Santo Domingo, etc., y formar en aquellas islas hasta entonces olvidadas por insignificantes, uno como refugio ó puerto de salvación de la raza, y un centro de fuerza desde el cual tiende visiblemente á extenderse con nuevo vigor por toda la América que fué española, á fin de fortalecerla y sostenerla contra la ambición de la raza contraria.

Inmensas ofertas guarda todavía el destino en América para los hijos de Colón, Cortés, Pizarro, Almagro, Vasco-Núñez de Balboa y Magallanes. La paz de Cuba ofrece á España una ocasión propicia, y ya única para volver por su gran nombre en el nuevo mundo, y optar á la gloria de buena madre, gloria que desgraciadamente no supo conquistarle la ignorancia y la avaricia de nuestros desdichados abuelos. Ahora es esa ocasión, y para no perderla, como tantas otras, debe dar principio España por formar en Cuba un gran pueblo de su propia sangre, y luego que con buenas obras haya borrado el triste apodo de madrastra con que la nombran y la ofenden sus hijos americanos, vendrán todos, porque la necesitan, á unirse á ella de corazón en libre consorcio, y estará hecha por sí misma una estrechísima y hermosa alianza de hermanos, padres é hijos cuyo influjo venidero para la prosperidad de la familia universal española, dejaría muy atrás cuanto puede concebir el deseo de todos.

Las guerras separatistas de América han terminado constantemente en nuestro daño, excepto esta última, porque la Providencia no ha querido que se consumara el desamparo de los pueblos latinos del nuevo mundo, como estaría consumado el día que España retirara sus poderosas armas de la grande isla que cierra y domina el golfo Mejicano.

Aprovechemos tan singular fortuna para bien de todos dándonos prisa en levantar á Cuba á la altura de los primeros pueblos de la tierra, para que ella sea la base de la futura grandeza hispano-americana, y á ese fin asegúremonos los beneficios de una paz durable y fecunda cimentada en la justicia y en la libertad y sobre todo en la unidad de raza ó en la prepotencia absoluta de la que tiene los más nobles y gloriosos títulos á la posesión del nuevo mundo.

FRANCISCO GONZALEZ DEL HOYO.

Almería 1878.

LA GRAN CAUSA DEL BELLO SEXO.

POEMA EN PROSA.

Decoracion sétima.

¡ECHA la pasada y breve excursion por el continente y sin necesidad de perder tiempo en asomarnos por Italia, donde hallaríamos las cosas en peor estado, y tal, que por no verlas otra vez tiraríamos de las riendas á Rocinante, volvemos á Inglaterra, que aunque isla geográficamente considerada, es en esta cuestion una verdadera *tierra firme* donde puede sentarse el pié con toda seguridad. Comparada á las naciones latinas, parece, en realidad como si éstas viviesen en el aire, de aventuras, por chiripa, comiendo ilusiones y papando sueños, é Inglaterra tuviese en los piés dos toneladas de plomo que la fijan á la tierra y sujetan á la realidad de las cosas. Aquella chistosa plática de Sancho y su mujer sobre el destino matrimonial de Sanchica, semeja en mucho lo que ha pasado en esta cuestion del bello sexo. Teresa es la nacion británica, y Sancho á quien se le habian pegado ya los achaques quijotescos, por lo de «dime con quien andas,» puede representar á los latinos, queriendo hacer de la mujer una condesa, esto es, un idolo, para que sufra luego decepciones y humillaciones sin número, y le pase lo que á todos los ídolos que se ha forjado la humanidad, que en un periodo de tiempo están entre incienso y candelillas, y luego van á parar á los desvanes.

Escojo á Inglaterra y no á los Estados-Unidos para tomar datos y alegatos en esta gran causa del bello sexo, cabalmente porque en ella la mujer, no pasó nunca de ser Sanchica. En Norte América apareció desde luego emancipada; pero en el Reino Unido es donde se la ha visto en los mercados con la soga al cuello. Allí donde ha tenido su pasion y su calvario, es donde mejor puede estudiarse su resurreccion y regeneracion, y en esto sucede como en las comodidades y ventajas en el órden físico. Generalmente se pasa mejor el invierno en los países frios y el verano en los cálidos, porque los indígenas, han tratado de acomodar sus viviendas para resistir á las respectivas inclemencias; y en otro órden de hechos, allí donde hay más hospitales es donde la salud está más á cubierto, y donde hay, por ejemplo, una sociedad para proteccion de animales, es donde éstos deben haber estado menos protegidos.

Efectivamente, la mujer en Inglaterra no ha sido diosa, ni sierva, ni dominadora, ni dominada, ni ángel, ni demonio, de una manera exclusiva ó extremada. Ha sido simplemente *mujer* y por lo tanto considerada como inferior al hombre y necesaria para la conservacion de la familia, de la que depende la del estado. Como en Inglaterra, lo mismo que en todas partes, el inglés hizo las leyes, y el egoismo, que parece planta de este suelo, miró por su conveniencia, la mujer vino á peor condicion que en parte alguna de la Europa civilizada. Su condicion fué desgraciada en la realidad sin tener como la mujer española compensacion en las apariencias. Libre pues, de engaños, falacias y fantasmagorias que alucinaban á la pobre mujer entre nosotros, tuvo la posibilidad de *ver claro*, conocer su posicion, valuar sus fuerzas, y emprender la tarea de su emancipacion. Hé aqui todo el misterio y el secreto. Un pensamiento serio ha salvado á la mujer, y esto presentia ó expresaba un célebre escritor cuando decia, que si las mujeres abandonasen el gusto por las frivolidades tendrían á todos los hombres por esclavos.

Y véase el órden admirable de la Providencia. Los españoles suelen compadecer á los hijos de Albion porque su clima es nebuloso, y su Sol se presume y cuando sale no hace sombra. Y tanta luz en el Mediodía sirve para cegar á los hombres en política y gobierno y supersticiones y servidumbre, y tanta niebla en el Norte sirve para que *vean claro*, no sólo los hombres sino las mujeres. En efecto, como la raza humana no tiene dos cabezas ni cuatro ojos en las islas británicas, ni es distinta de la que habita la Península ibérica, esas condiciones del clima son las que realmente contribuyeron y contribuyen á llevarnos la delantera en este como en otros problemas. Donde la luz es débil, las sombras lo son tambien. Donde un

objeto parece bien iluminado basta verlo á distancia, no hay necesidad de acercarse á él y observarlo con atencion para darse cuenta de lo que es. Estas dos verdades sacadas de la experiencia física, explican un mundo de fenómenos del órden espiritual. Los ingleses con su Sol y Cielo desteñidos se han hecho inteligentes, sesudos y prácticos. La poca brillantez de la luz, dá poca brillantez de imaginacion; pero en cambio no produce negras sombras de errores ó preocupaciones. La poca fuerza de fantasia no produce viveza de ingenio para comprender las cosas al primer golpe; pero esto mismo hace que haya pocas equivocaciones, porque no se forma juicio hasta haberlas palpado y examinado de cerca. Hé aqui los dos polos en que nos distinguimos ingleses y españoles, y los que explican nuestra respectiva historia. El clima, y nada más que el clima en el fondo. A su tenor é imagen se hacen las instituciones, se crean las costumbres y se forma la vida de un pueblo. En globo podríamos decir, que nosotros por el clima estamos destinados á pasar de extremo á extremo, á alucinarnos por la luz ó á andar á gatas por las sombras: á creer que estamos al cabo de la calle en un asunto cuando no hemos desembocado en ella. Los ingleses por su clima están destinados á las medias tintas ó términos medios, á no encandilarse por el mucho resplandor, ni perder la senda por la mucha oscuridad, y á no creer que comprenden ó conocen una cosa hasta que no la palpan, la tocan y examinan.

Así, pues, las ideas brillantes y exageradas, del honor y de la caballería que endiosaron á la mujer, no pasaron de la region poética á la práctica de la vida en la medida y grado que en los pueblos meridionales. En Inglaterra jamás se conoció el galanteo como sistema ó culto al bello sexo, ni la expresion de los afectos del amor llegó á ser un verdadero arte como en España, lleno de un arsenal de hipérboles y lisonjas. Se manifestaba el amor en cortas y sencillas frases y cualquiera de los discursos conceptuosos y alambicados de que hay tanta copia en los anales de nuestros enamorados, hubiera parecido una jerigonza ininteligible á la mujer inglesa, que se pagaba más de las obras que de las palabras y ni comprendia ni habria tolerado un requiebro á nuestra usanza. Faltando, pues, este asedio continuo de los hombres, que no creian posible en nuestra sociedad ver, hablar ó acompañar á una mujer sin tratarla de amores, claro es, que no era necesaria aquella vigilancia incesante de las jóvenes que menguaba su libertad y deprimia su dignidad, porque era suponerlas tan de vidrio y por consiguiente tan frágiles, que se temia iban á dar al traste con la honra á la más breve ocasion y con el primer advenedizo. En esta divergencia de conducta influye naturalmente el clima y el temperamento; pero las costumbres creadas por estos influjos, vuelven á operar sobre el carácter pues no se puede dudar, que de la conciencia de la libertad nace la conciencia del deber y de la estimacion propia, y una mujer libre sabe guardarse mejor que la más guardada, la cual, aunque no sea más que por instinto de rebelion, está deseando probar con hechos la indiscrecion del sistema carcelario, sombrío y suspicaz.

Fuerza es admitir, para ser justos, que hubo casi al empezar la historia moderna de la Europa, un suceso importantísimo, en que veo el primer paso y fundamento para la emancipacion de la mujer en Inglaterra. Este fué la Reforma religiosa. La mujer tenia un alma que salvar en la otra vida lo mismo que el hombre, y por más tirano y egoista que éste fuese, no podia proclamar el criterio de la razon ni tomarse él solo la libertad de interpretar la palabra de Dios contenida en la Biblia, y dejar á la mujer bajo el imperio de la autoridad de la iglesia romana. Si hubiera podido, ciertamente que lo hubiese hecho; pero no era cosa de juego, ni por otra parte hubo ni podia ver inteligencias tan claro-videntes ó proféticas que adivinasen lo que este paso habia de producir á la larga. Tal vez se hicieron la cuenta de que igualaban la mujer á ellos en un negocio demasiado aéreo é invisible, que debia saldarse en el otro mundo, y se digeron los egoistas del sexo feo: «¿fé que no se trata hoy, ni de cosas materiales y tangibles.» Ello es lo cierto que de la emancipacion de la conciencia vino la conquista de los derechos políticos para los ingleses. Como en esto no se trataba de salvar el alma sino

el cuerpo, se dijeron para sí: «En cuestion de negocios temporales, como el hombre es el *señor*, el esposo el padre, el ganador de la hacienda, no hay necesidad de igualdad; pues salvando él el cuerpo, dicho se está que la mujer, que es su sombra, queda tambien á salvo. Nosotros seguiremos siempre siendo iguales respecto á la vida eterna; pero los patronos y señores de la mujer en la vida temporal. Ella es débil, carece de instruccion, su templo es el hogar, su mision la familia. ¿Qué más quiere?»

Y en efecto, segun oimos á la Catalina, en *La fiera domesticada*, de Shakespeare, el ideal era, que mientras el pobre *señor* del marido sufria hambres, frios y calores, sudores y trabajos, *madama* se hallaba tendida á su sabor, calentita en el hogar, ó tocando el piano, con la certeza de tener como dicen *asegurada la papilla*. Así debiera haber sido, ó por lo ménos deseaba el poeta inglés que fuese, para quedar en paz y saldados, cuando los hombres se llevaban para sí los derechos políticos y por consiguiente, la instruccion, las carreras, las profesiones, las capacidades todas en fin, de moverse, ingeniarse y hacer fortuna, y dejaban á la mujer cómodamente tendida en su casa.

Hé dicho y conviene repetir hasta la saciedad, que no hay mujer sesuda ó necia, sabia ó ignorante que, si le diesen á escojer, no prefiriese la situacion de Catalina. Todo se puede renunciar con gusto en este mundo ante el placer de un hogar cómodo, abundante y dichoso, sin nada afanoso y triste en que pensar, sino en esperar la vuelta del marido para sentir sus abrazos y disfrutar de su compañía y amor y del amor de los hijos. ¿Qué mujer habria pensado en derechos ni prerrogativas, ni igualdad ante esta desigualdad tan bella? ¡Es decir, todo lo duro y amargo para el hombre; todo lo blando y dulce para la mujer! Se necesita ser mala, incorregible y perversa para ser intolerable y pedigrüña despues de esto. Cuando los defensores del *status quo* nos pintan las inefables dulzuras y dichas de la mujer en el hogar, dan ganas de aplicar una senda disciplina á esas sabidillas y marimachos que se salen del tiesto pidiendo instruccion, educacion, igualdad y libertad. ¡Tontas, que no saben lo que les conviene, que ignoran donde está su dicha, que olvidan que en su debilidad está su fuerza!

Desgracia ó fortuna fué que la realidad de la vida vino á dar un mentís á estas pinturas de la fantasia y del buen deseo. Creo firmemente que entre las mujeres puede haber algunas de poco seso como entre los hombres, que desconozcan su bien y sus intereses; pero éstas en el pecado llevarian la penitencia y la generalidad no las haria caso. Ahora bien; la generalidad ó la mayoría no puede perder el juicio. La mujer, como todo ser, en colectividad sabe lo que la conviene y cuando en todas partes más ó ménos rápidamente busca y camina á su emancipacion y reclama igualdad de derechos, podemos decir que, algo tiene el agua cuando la bendicen. Si la mujer hubiese tenido esa igualdad y vivido emancipada y salidole al gallarin sus presunciones, vendrian á pelo esos sermones y amonestaciones y lo que es más, producirían efecto, en vez de que hoy no son más que voces en el desierto, predicaciones que se lleva el viento. Entonces sí, podia decir la mujer, dejémonos de exigencias y volvámonos á ese dulce, feliz y querido hogar y á esa servidumbre y dependencia que constituye nuestro encanto y nuestra dicha. Esten seguros los predicadores que no tendrían que esforzarse porque lo que está á la vista salta á los ojos, y todo el mundo sabe lo que le está bien, aunque pueda engañarle; pero ese mismo engaño abre los ojos.

Ese algo que tenia el agua es la realidad de la vida en contra de las pinturas de la fantasia poética. Que el *señor* se convierte con frecuencia en tirano, ó es tan para poco que ni para esclavo sirve. Que en lugar de doméstico es callejero, en lugar de enamorado, frio, en vez de conservador, manirroto, en vez de fuerte, débil; en vez de instruido, ignorante; en vez de trabajar con el sudor de su frente mientras la mujer cuida de su casa, es holgazan y borracho y pasa la vida en el café ó en la taberna, y la mujer tiene que sudar para darle de comer y eriar sus hijos. No se dice que sean así todos; pero tampoco me dirán los conservadores que sean todos los hogares esos cielos que nos pintan. La verdad es que hay tanto de miel como de acibar, y juiciosamente pensando, como los males

abundan más en este planeta que los bienes, puedo asegurar que será infinitamente mayor el número de los matrimonios á lo diablo que el de los celestiales y divinos.

Privada la mujer de los derechos, tiene una esfera muy reducida para moverse, y sus ocupaciones y trabajos han de ser más duros, ordinarios é infructíferos, de donde viene la alternativa de la miseria y la muerte del cuerpo, ó el lujo y la perdición del alma. Veamos ahora, cómo se abrieron los ojos y se vió claro, que la mujer tenía un cuerpo como un alma que salvar.

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

Madrid: 1878.

ALARICO EN ROMA.

Siento dentro de mí una voz secreta
que me dice: anda y vé á destruir á
Roma.

Alarico.

¡Levántate del lecho
Impura meretriz de las naciones;
Ocúltate la faz, cúbrete el pecho;
Extiende en torno los desnudos brazos
Y coje de tu manto los girones
Y junta de tu cetro los pedazos!
Ponte el más bello traje
De tu edad juvenil y encantadora,
Con el que el orbe te rindió homenaje
Y te llamó su reina y su señora;
Antes que llegue el bárbaro germano
Que vá hácia tí famélico y rugiente,
Y avergonzado de tocar tu mano
Te tenga que escupir sobre la frente.
¡Oh Roma! ayer fué día
De envilecer y de insultar al mundo
En el circo, en la plaza y en la orgía,
Y hoy tu destino adverso
Vá á echar sobre tu imperio moribundo
El baldon que arrojaste al universo.

Llora, pues, si en tus ojos
Hay lágrimas ó sangre: llora y gime
Al contemplar los míseros despojos
Que el borde cubren de la tumba abierta,
En donde nace de tu gloria muerta
Un mundo que al matarte, se redime.
Llora en tu lecho de ásperos abrojos;
Que sobre la ancha tierra
Está seca y borrada
La roja huella de tu ardiente espada;
Y ya no puede tu corcel de guerra
Hacer de zona á zona
Crujir bajo su casco un hemisferio,
Como en la edad de Marte y de Belona,
En que era un triunfo tuyo una corona
Y un pensamiento tuyo era un imperio.

Tus días uno á uno están contados:
Los inflexibles hados
Tu último grano en el relój de arena
Dejan caer, y el mundo, aunque se quita
Su bárbara cadena,
Espantado se agita
Al recorrer el libro de tu historia,
Porque vé en ese grano que desciende
Que ¡oh Roma! se desprende
La montaña de arena de tu gloria.
¡Oye! el trueno retumba, el viento brama,
La tierra es presa de mortal desmayo,
Ruge la tempestad, desciende el rayo;
No sirve ya que tu clarín resuene....
¡Es el simoun que á tu sepulcro llama
Y á echarle polvo á tu cadáver viene!

¡Alarico! ¿qué espíritu implacable,
Cuyo impulso tú mismo no adivinas,
Te manda inexorable
Sobre Roma caer? ¿Por qué despiertas
Á la ciudad que la cabeza extiende
Sobre siete colinas?

Párate: retrocede á sus conjuros:
Son sagrados sus muros;
Un Dios guarda sus puertas;
Del Capitolio altísimo desciende
El rayo de los Cielos; absorbido
El mundo en su recinto, se prosterna,
Y al nacer le ha ofrecido
Una sibila que ha de ser eterna.
Tú vienes de las pálidas regiones
Donde la aurora boreal su velo

De cárdeno color, hecho girones,
Cuelga sobre los tímpanos de hielo.
Tú sales de los bosques, cuyas hondas
Raíces, enlazándose, retuercen
El corazón gigante del planeta:
Las sombras allí ejercen
Misterioso pavor: la vista inquieta
Busca en vano la luz entre las frondas:
Tus guerreros en rápidos corceles,
Libres y á tus anteojos,
Cruzan vestidos de salvajes pieles;
Y en la floresta oscura,
Sus rostros por el ábrezo azotados,
De ojos azules y cabellos rojos,
Parecen á traves de la espesura
De un ígneo cielo trozos incendiados;
Allí Hertha impasible
Ve arrojar á las jóvenes parejas
En su fatal laguna:
El druida horrible
De lengua barba y ásperas guedejas,
Al pié del dólmen, junto al tronco añoso
De la encina sagrada,
Mira rielar la Luna
Sobre el charco de sangre cenagoso
En que flota la víctima inmolada:
Oberon sus fantásticas legiones
Suelta en la noche de Walpurgis: gritan
Y danzan y amedrentan sus visiones
Bajo la selva negra en donde habitan;
Y después del combate el fiero Odino
Á sus héroes convoca,
Y del fuerte enemigo á quien derroca
Dentro del cráneo les escancia el vino.
¡Y tú vienes de allí! ¿Qué oculta mano
Te empuja hácia adelante?
¿Quién le dice á la sombra--¡Vé triunfante!
Y quién le dice al mar--¡Sube Océano?
¿Quién te presta ese aliento de gigante?
¿Á qué sueño, á qué vertigo te entregas,
Que un ermitaño cuando vé que avanzas
Y está la tierra trémula y convulsa,
Se quiere interponer en tu camino
Y le dices: --Es este mi destino:
No puedo determe: Dios me impulsa!--

Sobre la nieve de la cumbre alpina
Está Alarico, y tiende la mirada
Á Italia que á sus plantas se reclina,
Como sirena por el mar bañada.
Y al ver los campos que matiza y dora
El bello Sol con sus fulgores rojos,
Siente con un afán que le devora
Que el alma se le vá tras de los ojos.
--¡Ved --les dice á sus hordas impacientes
¡Ved que hermosas ciudades;
Que colinas y prados florecientes,
Y que puros celajes transparentes
Donde ni brumas hay ni tempestades.
Allí se ven como islas de verdura
Fronchosos bosques que destilan mieles;
Límpidos manantiales de agua pura;
Los naranjos matizan los vergeles,
Y sobre la terraza
La verde vid sus pámpanos enlaza,
Entre matas de adelfas y laureles.
Allí.... ¡mirad! en la campiña extensa,
Al borde de aquel río,
Cubierta de grandeza y poderío,
Álzase Roma, la ciudad inmensa
Que guarda los despojos
Del mundo donde habitan
Bellísimas mujeres
De tez morena y de rasgados ojos,
Que el alma encienden y la sangre irritan;
Ciudad de la opulencia y los placeres
Donde la breve vida todos aman,
Y del patricio en el festín sonoro
Néctares mil las ánforas derraman
Y se echan perlas en las copas de oro.
Cuanto soñó la ardiente fantasía
Y ambicionar nuestro delirio pueda,
Todo está en Roma: lujo y alegría,
Juegos, deleites, saturnal exceso,
Oro, plata y marfil, púrpura y seda.
¿Lo queréis? Pues venid: ¡vamos por eso!
Y parte y corre y llega:
La invencible ciudad asedia y toma
Y vé espantada Roma
Que un diluvio de bárbaros la anega.
Soltando al viento su corcel las crines,
Penetra el godo y el botín reclama;
La cólera á las puertas ruge y llama;
Templos, palacios, termas y jardines

Quema, saciando su feroz deseo,
Y la luz del incendio se derrama
Por la vasta extension del coliseo:
La esposa y la doncella
El seno se traspasan
Al ver que el invasor su asilo huella
Y todos ébrios de placeres pasan:
El hacha destructora
Los más bellos tesoros de sus artes
Siembra en pedazos y la Italia llora
Al sentirse morir en todas partes:
De las macizas arcas, avarientos,
Hacen saltar el oro que á montones
Rueda por los marmóreos pavimentos:
Invade las mansiones
El hombre devorando cuanto existe:
Para pagar al bárbaro han fundido
La estatua del valor, símbolo triste
Del romano valor que se ha perdido!
¡Así es la cortesana
Que la joya de ayer vende mañana
Cuando ya está su corazón podrido!
Y mientras la ciudad en su agonía
Llaman arroja y lágrimas envía,
Cruza Alarico con radiante gloria
Bajo los arcos mismos que alzó un día
Roma al vencerlo con fugaz victoria.
Y en su olímpico carro que atraviesa
De esclavos mil seguido,
Como revuelto ajuar de una princesa
Destronada en sus días infelices,
Se apiñan en montón indefinido
Vasos, alhajas, sedas y tapices.
Otros al goce tributando ofrendas,
Como á viles cautivas
Hacen que dentro de sus mismas tiendas
Las matronas altivas
Les escancien el vino,
Bajo los bosques de laurel frondosos
Que con Oracio y Cicerón famosos
Consagró el genio y el saber latino.

Roma ha caído en la insondable huesa:
Nadie vela su sueño en los dinteles.
Terminada su empresa
Muere Alarico y sus caudillos fieles
Torciendo el curso de callado río
Su tumba cavan en el cauce enjuto
Y allí envuelto en magnífico atavío
Dan á su cuerpo el último tributo:
Después con ronco estrépito bravío
Las aguas juntas por el cauce ruedan
Y cubren su ataúd para que el mundo
Ignore el sitio en que sus huesos quedan.
Y los hijos de Roma, cual fantasmas,
Con paso vagabundo
Cruzan las calles entre el vaho inmundado
Que alza la muerte en fétidos miasmas;
Y flotan los cadáveres sangrientos
Del Tiber hondo por las turbias linfas,
Mezclados con fragmentos
De los dioses, los reyes y las ninfas.
Y todos mudos con horror pasean:
Sólo se oyen los buitres que aletean
Las cimas azotando
Del Capitolio y á sus piés mirando
El festín que les deja
La muerte que se aleja
Pirámides de cuerpos hacinando.
¡Oh qué imponente y trágica ruina
La de esa gran ciudad cuyos girones
Arrastran esqueletos de naciones
Que hace polvo la cólera divina!
¡Sólo puede grabarla en la memoria
El gran pincel dantesco,
Pues nunca en el sepulcro de la historia
Un cadáver cayó tan gigantesco!

Ni Menfis, ni Cartago,
Babilonia, Sidon, Ninive y Tiro,
Sintieron al morir tan hondo estrago,
Ni exhalaban tan fúnebre suspiro.
Y es que Roma en sus báquicas escenas
Se envileció, olvidando sus hazañas,
Ató á sus piés los pueblos con cadenas
Y el virus de sus venas
Carcomió de la tierra las entrañas.
¡Y el mundo se volvía hácia el Oriente!
¡Y era preciso renacer! La idea
Que adivinó la mente
De Séneca, y la musa de Virgilio,
Y que la triste humanidad doliente
Vió como el nuevo día que clarea,
Iba á llegar ahora
Para prestarle en su borrasca auxilio,

Como llega la nave salvadora.
En la region que dora
El primer tenue rayo que el Sol lanza,
En un rincon feliz de Galilea,
Un hombre humilde, oscuro,
Clavada la pupila en lo futuro
Y puesta allá en el Cielo la esperanza,
Ungiendo á todos con sus puras manos
Predica por el campo y por la aldea:
—¡Amaos todos, porque sois hermanos!—
¡Hijo de Dios! El mundo no te escucha;
Los hombres no te entienden;
El pobre pide y lo rechaza el rico;
Vive el hermano con su hermano en lucha
Y el hombre compra al hombre que se vende.
Por eso cuando el bárbaro Alarico
En la ciudad de Rómulo proterba
Descargó su cuchilla,
No hizo más que segar la impura yerba
Para que Dios sembrase otra semilla.

G. BELMONTE MULLER.

Puerto-Rico, 1878.

¡NO LOS QUIERO!

Quisiera en mi ansia loca
Mi boca retener junto á tu boca,
Y respirar la esencia de tu aliento
En tus ojos bebiendo el pensamiento
Con la mirada avara...
Pero aunque tú quisieras,
Y cien besos, y cien más me ofrecieras,
Jamás los aceptara,
Pues si es grande la dicha de besarse
No compensa el dolor de separarse.

LUIS DE MOYA.

Madrid, 1877.

¿POR QUÉ ESTÁS TRISTE?

¿Por qué estás triste, Consuelo?
¿Por qué siempre estás llorosa
Y están tus ojos de cielo,
Tristes, muy tristes, hermosa?
¿Es que tirano el amor
El dolor del alma apura?
—No, no es eso, no señor,
Lo que me causa amargura.
—¡Ah! teniendo pocos años
Y no estando enamorada,
No pueden ser desengaños
Los que te hacen desgraciada.
—Pues esos me hacen sufrir,
Y me apenan de tal suerte,
Que nunca puedo reír
Y siempre pienso en la muerte.

JESUS PANDO Y VALLE.

Oviedo: 1878.

ARINDA.

FANTASIA NOCTURNA.

GRA de noche: las estrellas centelleaban en la azul
esfera, y en la superficie de los lagos la luna bri-
llaba esplendorosa.

El céfiro agitaba los arbustos que crecían á la orilla
de un pacífico mar; las ondas besaban dulcemente las
rocas de la playa, y el pescador cantaba á lo lejos sen-
tidas barcarolas de melodía lánguida.

¡Cuánta melancólica belleza, cuánta dulce poesía en
aquella plácida ribera se anidaba! Una voz sentida,
pura y armoniosa turbó el silencio majestuoso de la
noche. La voz era de mujer, y de mujer hermosa como
las Péris de los griegos ó las vírgenes de Osian; negra
era su cabellera, como sus ojos bellos; esbelta su cin-
tura como la erguida palma del árido desierto, amorosa
como la tórtola y como la gacela tímida.

Y cantaba, pero sus ojos vertían lágrimas; cantaba
un romance de amores para distraer su espera, porque
aquella niña esperaba á su amado, gallardo pescador
de aquellos mares, hechicero fantasma de sus cándidos

sueños. El pescador no venía, y Arinda le esperaba y
cantando lloraba.

Ven, decía en su leve canto, eco perdido de melodía
celeste; ven, mi alma te espera desde la aurora hasta
el ocaso; la noche me abruma; la brisa me hiela; el
mar me asusta... Ven, ven á darme la luz que necesi-
to, y que sólo destellan tus ardientes ojos; luz que
plácida alumbraba el camino de mi vida, y el vacío tris-
te de mi amante corazón; sin ella todo es sombra para
mí: nada veo, ven á refrescar mis áridas sienes con tu
amoroso aliento, más dulce para mí que los perfumes
de Oriente, más suave que el aroma de las rosas de
Bengala; ven; la soledad me mata; la luna me parece
lámpara sepulcral; las estrellas fúnebres cirios que ve-
lan el místico sueño de la humanidad; la tierra, in-
menso sepulcro del mundo... ¡qué horror!... Ven, es-
poso mío, ven me extremezco, tengo miedo, me aho-
go... ¡ven!... luz que sólo tus ojos pueden darme; aire
que sólo encuentro en tus suspiros de amor; ven.

Arinda calló, porque otra voz más grave respondió
á la suya, y un hermoso bardo de los mares cantaba al
compas de los remos así y con emoción.

Ya voy, blanca paloma de la montaña, ya voy; tu
voz dulcísima me atrajo desde el centro de los mares,
y á tí presuroso llevo, luchando con sus olas atrevi-
do. Ya voy, divina sirena de mi alma; ya voy... ¿Y
cómo yo podría detenerme cuando tu voz angélica me
llama?... No llores, Arinda mía, que ya llevo... yo tam-
poco hallo luz lejos de tí, y eterna noche me circunda
cuando el Sol no me alumbraba de tu mirada mágica: sin
tí tampoco alienta mi pecho, porque el aire que res-
piro eres tú, y sin aire no se puede vivir: ya voy. Todo
es en torno mío oscuro, lúgubre y helado, y sin em-
bargo yo amo lo oscuro, lo oscuro de tus magníficos
ojos negros. Ellos son mi noche y mi día, como tú eres
mi esperanza, mi porvenir, mi todo: ya voy, enjuga
tus lágrimas, y anime tus puros labios la sonrisa; tu
pescador se acerca: mira!...

Y Arinda respondió ven, en un suspiro intenso de
infinito gozo.

La barca tocó la orilla; Arinda saltó en ella, y sen-
tándose al lado de su amado, sus manos se estre-
charon, sus labios sonrieron, miráronse sus ojos, y na-
da más que á sus ojos vieron.

La barca se alejó lentamente sobre blancas espu-
mas; la luna brillaba radiosa sobre el ondulante mar;
la brisa suspiraba entre las hojas de una cimbradora
acacia, y sobre su ramaje un melancólico ruiseñor tri-
nando dulcemente, enviaba á los amantes venturosos
un envidioso adiós de despedida, que hasta ellos llega-
ba conmoviéndoles dulcemente.

Y todo en torno era bello; todo estaba en silen-
cio; en el silencio angusto de la dormida creación.

CONSTANZA VERA.

CARTAS ABIERTAS.

Sra. Directora del CÁDIZ.

ME encuentro en prision voluntaria, señora!
No me ha quedado otro remedio en este calor
trópico, que tomar refugio tras la ventana
morisca, bastante enrejada. El Sol apasionado ofrece
á la tierra un amor, cuya intensidad no podría apre-
ciar otro que el filósofo cinico Diógenes. Uno de sus
discípulos se ha sentado en la plaza al frente de mi
ventana, anunciando por su traje la economía más ba-
rata del mundo: está durmiendo el sueño del siglo!...
cerca de él un niño, evidentemente en familia con el
filósofo, que indudablemente se ha descaminado de
aquella parte de las murallas, á donde la vida tiene las
mismas condiciones y ventajas que en el planeta Júpiter,
donde Camille, Flammarion y otros astrónomos por fin han
encontrado nuestro Eden futuro, pero un niño, que con aplicación frecuente de uno de los me-
dios más importantes de nuestra civilización—el ja-
bon—y con un aljaba sobre su espalda desnuda, pre-
sentaría á cualquier artista un Cupido magnífico; está
durmiendo ¡pobre chico!... Figúrese usted á sus pies
un perro cuya facha no hubiera escapado de una mi-
rada tan atenta como la de Edwin Landseer, el pintor
inglés, que sabía con tanta verdad incorporar en los
gatos y los perros las cualidades y costumbres psicológi-
cas en *high life* y *low life* (la sociedad alta y baja), que
la crítica indicaba en sus cuadros «sicología descrip-

tiva sobre los animales,» pero el perrito está dur-
miendo, tal vez soñando lo que podía haberse vuelto
bajo el pincel citado. Llamo á mi criado, al cual tengo
pronto que despacharlo, pues su cara me hace acer-
carme poco á poco á la teoría de Darwin. Debe estar
en el patio. No obtengo contestación alguna. Ah, mi-
rad! Antonio está durmiendo!—Le despierto. ¡Hom-
bre! ¿estás durmiendo?

—No, señor, estoy pensando.

—¿Pensando? ¿En qué?

—En la felicidad de mi amo.

—Gracias: ¡entonces te absuelvo!

Conque ¿quién quiere agua? cantá en la plaza
Juanillo el aguador, con una voz bastante penetrante
para despertar nuestros abuelos de su descanso eterno,
después de un trémolo, sacado no sé de cual ópera, pero
que pertenece tal vez á la música de lo futuro; en to-
do caso su canto es original. Juanillo no es un pobre
imitador, y su música no necesita la protección de la
ley, porque ninguno de sus competidores van á hacer-
le la guerra, aunque tiene una legión de colaboradores
en su misión caritativa. Pues bien, su voz hace el
mismo efecto que el bastón en la mano del profesor má-
gico; es el *genius salvandu* de la situación muda. Todo
se despierta. El Ganimedes andaluz ofrece su néctar
puro, con la cara risueña por el sonido metálico en su
bolsillo.

Todo el mundo vuelve otra vez á la vida, y el que
firma vá á cumplir su deber literario. Pero, como us-
ted sabe, señora, un autor necesita hacer á su espíritu
entrar en buena disposición—el medio de invocar las
Musas ya es demasiado antiguo—enteramente, como
es menester para el músico templar su instrumento,
de modo que usted me dispensará el prelude! . . .

... Mi carta primera concluyó con el
triunfo de la mujer y el de su amor sobre la filosofía.
Pero no crea usted que la esposa de Soren Kirkegaard,
aunque indicaba los silogismos de su marido como
broma, y á pesar de que no entendió ni á Aristóteles
ni á Kant y Hegel,—no crea usted que faltaban en ella
dotes equivalentes á los de un grande hombre—al
contrario, él no era uno de aquellos hombres de genio
que por una suerte cruel se doblegan á conexiones
casi incomprensibles. En tal caso Kirkegaard no
hubiese sido feliz, y no habría nunca escrito su censu-
ra doméstica. Pues ella entendió su papel como espo-
sa, reconoció la misión grande de un ser que tiene su
felicidad en hacer al hombre reconciliarse con los pro-
blemas duros y severos de la vida por la amabilidad de
una mujer, indemnizando al hombre para la lucha de
su vocación con un corazón lleno de amor puro, y con
un alma llena de nobleza, formando el equilibrio justo
entre la casa y la sociedad. Ella tenía todas las condi-
ciones de una señora instruida. Una voz sencilla y ri-
ca de impulsos graciosos, ella prestó á la fuerza pensa-
tiva de su marido la elasticidad y á su espíritu el estí-
mulo.

Hacer respirar á su marido en la atmósfera de la vi-
da doméstica este amor verdadero, esta amistad fiel
que dá fortaleza al hombre en su trabajo, esa era la
grandeza de ella, y para alcanzar su fin no vacilaba
en reirse de los problemas severos en cuya importan-
cia Kirkegaard evidentemente en vano trataba de en-
terarla, rompiendo por una sonrisa encantadora, por
todos los medios de que dispone la prudencia de una
buena mujer, las flechas satíricas que afilaba el genio
del pensador.

La censura doméstica no hizo elevarse á esta mujer
no porque tenía ningún lugar en la esfera literaria, si-
no para llegar á los límites del destino de una mu-
jer como esposa, cuya vocación grande se encuentra
en lo que por una mirada superficial muy á menudo
es considerada una misión pequeña en el amor desin-
teresado, en aquel departamento que designa su natu-
raleza, en el cumplimiento de los deberes sacros que
corresponden al buen ángel de la casa. Me dilataba,
señora, para distinguir entre tal mujer y aquellas es-
posas que quieren lucirse por cima del talento mascu-
lino, que quieren competir con su marido en calidades
y capacidades, que sólo pertenecen al hombre, solo no,
pero á él *par excellence*, mujeres en cuya conmemo-
ración, Meliére ha escrito su comedia inmortal *Les
femmes savantes*.

No puedo concluir con la filosofía sin nombrar

uno de los naturalistas más distinguidos del tiempo moderno, Hans Cristian Orsted, cuyo espíritu sin embargo se concentraba más en las ciencias exactas. Los primeros editores de Europa compitieron con celo por sus manuscritos. Célebres son sus *Architectura de la metafísica natural* (Berlín), *Recherches sur l'identité des forces électriques et chimiques*, publicado junto con Marcel de Serres en París: *La parte mecánica de la doctrina de la naturaleza* (Leipsic); *La ciencia natural en su relación a la poesía y la religión*, y otros. Sin embargo fué por su descubrimiento de los motivos del electromagnetismo, y su obra *Experimenta circa efficiaciam conflictus eléctricos in acum magneticam*, que conquistó su fama. Amigo íntimo del poeta dramático Adam Ochlenhåger, á quien se atribuyó el nombre de *padre de la poesía dinamarquesa*, su genio recibió esta influencia blanda, que guarda el espíritu pensativo de aquellas tendencias que conducen al escepticismo y á la apostasía. Ningun ramo de la ilustración é inteligencia está expuesto con tal extremidad como el del naturalista: por eso tiene razón aquella aserción en cuanto dice, que se vuelven los naturalistas, ó los adoradores más ardientes, ó los ateístas más blasfemos. Me acuerdo ahora haber leído un discurso alemán, titulado *¿Qué es educación?* que oponiendo las dos extremidades en solución de la misma pregunta—á un lado guantes blancos y sombrero de copa alta de un elegante tonto, y al otro lado el espíritu más docto del hombre de letras y ciencias—dice que ha visto el autor á un naturalista cuya sabiduría eminente declamó con pluma arrogante é impudente: «He buscado por todas partes del Universo por mi telescopio, sin encontrar ningún Dios.» A este género de naturalistas no pertenecía Orsted. Tras la luz de su ciencia brilla la luz de la verdad, la Providencia. Él podía decir como Montgomery: *¿Es There a god? all nature shows There is.*—(¿Hay un Dios? Toda la naturaleza muestra que lo hay.) Orsted vió la magnitud de la naturaleza con la mirada del hombre científico, pero guardaba en su alma este oro que le hizo *creer* con la fé sencilla del niño. El poeta noruego Juan Sebastian Welhaven, canta en un poema suyo: «Si puedes durante tu lucha y tus hechos conservar el reflejo infante hasta la última hora, el arco-iris tienes entonces sobre tus lágrimas y la gloria sobre tu sepulcro.» La vida de Orsted mostraba la realidad de este bello pensamiento poético.

En cuanto se ocupa de asuntos sobre exploraciones en la naturaleza, no es la lógica severa de su pensamiento, ni la armonía poética en su estilo lo que sólo llama la atención; entre las líneas se ve un ardor religioso...

Pope ha dicho: «La vida es una comedia:» pero si la escena nos dá esta vida en cuadros verdaderos, entonces ha puesto el Teatro Real de Copenhague con buen sentido sobre su cortina esta frase: *Ei blot til Lyst*:—(No solo por placer.)

La escena dinamarquesa tiene tradiciones muy ambiguas; pero no se abrían las puertas á una academia nacional hasta las primeras decenas del siglo pasado, y todavía bajo tal tempestad y contratiempo, que se manifiesta cuando una nueva idea hace la guerra contra otra. Al fin del siglo XVII se reconocía una tendencia innatural en arte y en literatura, suprimiendo la verdad de todas las cosas por una falsa apariencia, dejando la vida vacía, pedantesca y pintada. La fraseología se movió sobre el coturno; era una vergüenza hablar su propia lengua materna.

«Se escribió, como dice Heiberg, en latín; se entendió con las señoras, en francés; mandó al criado, en alemán, y riñó al perro en el idioma dinamarqués.» La sociedad, las autoridades, toda la vida se rodeaba con la capa de ridiculez. El pensamiento no entró en el camino directo entre uno y otro corazón, pero pasó sobre zancos de un entendimiento al otro. El sentimiento se escondió en el rincón más oscuro de su santuario, y si apareció, salió con una forma mutilada; la moda lo mandó. El aire fué impregnado é infestado del espíritu francés, que hizo su vuelta en aquel tiempo á Europa, entrando por la corte, descendiendo á la *bourgeoisie* y á todas las regiones más bajas de la sociedad. Ideas y costumbres fueron introducidas del extranjero sin examinar el suelo donde se pensó aplicarlas. Claro es que la escena no podía resistir tal influencia. La comedia, ganando su vida por cosas, que produjo la extravagancia insana de la literatura francesa en aquella época, llevó el traje del espíritu de su tiempo.

Entre tanto se dirige un día un buque de Bergen, población de Noruega, célebre por su gente ingeniosa, y por la contribución rica que ha prestado ella á la inteligencia, á los talentos y al genio de su país, se dirige el buque á Copenhague, llevando una carga preciosa, pues hay á bordo un joven que tiene en abundancia dos cosas, una pobreza material como nadie, y una riqueza inmensa del genio, un espíritu luminoso, á cuya fuerza, alcance y destino la Providencia había reservado un papel, que tenía que gobernar la misma influencia fecunda, el mismo efecto castigando que ejercía el genio de Moliere sobre el espíritu de su época, y cuyo nombre nunca se olvida, mientras que se mueva una lengua danesa. Luis Holberg, hijo de un coronel, que como aventurero había prestado servicios á las armas de los Malteses y de los italianos: después, atravesando toda Italia á pié, y por fin, dejando á su muerte la familia en la miseria, se hizo soldado á la edad de diez años, ya habiendo perdido su madre también; pero volvió á los estudios, y un día, cuando se presentó la ocasión de ir á Copenhague, se embarcó. Pues bien, él vé las torres y las murallas de esta población, cuya fama ya conocía, levantándose del estrecho, á donde los cisnes blancos del mar se encuentran en el camino azul, llevando su carga cara sobre las espaldas, y piensa que allí le hace falta una navaja bastante buena para sacar del suelo la mala yerba con las raíces.

En 1702 toma sus títulos de bachiller (1) y vuelve á Noruega, obteniendo una situación muy modesta como preceptor de unos niños en una casa privada; se va otra vez á Copenhague, acaba el exámen teológico con nota de sobresaliente, vuelve la segunda y última vez á su patria, «para azotar á los niños y predicar á los aldeanos:» después, marchóse á Inglaterra, cuya universidad ilustre de Oxford lo recibe. Aquí estuvo mucho tiempo, ganando su vida con lecciones de música y de idioma, dedicándose al mismo tiempo á los estudios de las ricas bibliotecas, y volvió á Dinamarca con enormes materiales históricos. Pero el anhelo constante de ver y aprender más y todavía más, lo llevó á Holanda, Francia y á Italia, un viaje que, por motivos muy fáciles de explicar, lo hizo generalmente á pié, y fué á su regreso nombrado profesor de la facultad de metafísica y de elocuencia.

Sin embargo, en 1849 escribe: «Hasta ahora he dedicado mi tiempo á la jurisprudencia, á la historia y á los idiomas, y nada más; tanto, que abrí la boca en cuanto se me leyó un poema. Es verdad que había cultivado la poesía italiana, pero sólo como un mal necesario, leyendo poemas italianos no por mi placer, sino para aprender latín, de la misma manera que toman los enfermos la medicina, por su gusto no; el médico dice que está sano. Tengo ya treinta años y no había jamás probado á hacer versos, aunque viví en una población donde nacen cada año más poetas que moscas en Setiembre.» Y ahora su primer poema vé la luz del día en *Pedro Paars*, poema heroico-cómico, llevando como mote:

*Nihil est Ansipho
quin male narrando possit depravari:
tu id quod boni est excerpis.*

Este Pedro es un verdadero Don Quijote, que vá á ver á su novia, expuesto en su camino á todas clases de aventuras y casualidades de un héroe enamorado, y descrito con el humor más satírico que se puede figurar, maligno no, pero cómico, ridiculizando y bastante gordo. La obra levanta una tempestad tremenda de protestas en el campamento del mundo sabio como en el indocto. La cancellería, las autoridades, los ciudadanos, todos clamaban y gritaban, pues cada uno se creía imitado y expuesto á la risa. Lo que no queremos aprender nunca, eso es conocer á nosotros mismos, pero el pícaro Pedro Paars hizo en cada hoja una apelación á su benévolo lector, el cual tenía, *nolens volens*, que preguntarse: ¿serías tú de quien el autor se burla? El libro fué un espejo, absorbiendo en su foco y reflejando con claridad y verdad las tonteras del día, la vaciedad en tales cabezas, cuyo piso más alto siempre tienen cuartos de alquiler, la cavidad del corazón, la

(1) Como Noruega en aquella época formó un reino unido con Dinamarca, no tenía Chisteania, la capital de Noruega, todavía su universidad propia.

pequeñez de las ideas, la estupidez de la crítica, la decadencia de la moral. Un cargo se formó contra el autor, insistiendo en la condenación de la misma obra, y su relego al olvido.

La acusación se ponía sobre la mesa del gobierno con la demanda del acusado de reducir al autor á prisión, pero después de una lectura, que hizo gozar al rey Federico IV, S. M. lo salvaba por su dictámen, «pues el dicho poema es una obra muy alegre é inocente;» por lo tanto, el colegio de consejo resolvió, que «no conteniendo la obra otra cosa que broma, sólo fingida, aunque sería mejor se la hubiese omitido en vez de escribirla, no hay motivo para refutarla.»

El poema siguió su carrera ilustre: fué leído y gozado una, dos, muchas veces por el rey, el cura, el ciudadano y aldeano: pero aunque fueron publicadas tres ediciones seguidas, lo extraño es que nadie había leído el folleto. La verdad es, que ninguno quiso decir en alta voz que conocía una jota del héroe.

En el extranjero la adquirió, y dentro de poco tiempo apareció en traducción sueca, alemana y holandesa. Poco después le sucedieron unas treinta comedias del mismo género, haciendo á todo Copenhague, que llenó el teatro cada noche, reírse de sí mismo desde la primera hasta la última réplica. La sátira, acariciando con la izquierda, pegó con mano derecha. Todo el mundo sintió el punto y lo sostenía. La risa á veces es muy sana, por eso las consecuencias no tardaban. La nación entendió su enfermedad, y sometándose á la cura radical del médico hábil, poco á poco se conocía la mejoría en todas las esferas. El idioma nacional volvía á su honor y dignidad: se daban pasaportes á las costumbres extranjeras, conservando las que debían mantener su cédula como buenas y razonables.

La crítica, agregándose en la verdad antigua—*—rediculum acri magnas plerunque secat res—* aprendió á distinguir entre mercancia literaria de poco valor y una *ouvrage d'esprit*, y por fin, Dinamarca confesaba, que el azote de la sátira, por tanto que se sintió cada golpe, era un castigo bien merecido.

Esta serie de comedias ha dado y dará siempre su lujo á la literatura danesa; queda y quedará siempre un ingrediente esencial del repertorio escénico. Y las circunstancias ayudaban á Holberg en concepto de actores magníficos, como en su tiempo á Moliere, su modelo, cuando éste se opuso al estilo y al teatro de Corneille. Excelente fué Løndemann, una de las columnas más poderosas de la escena. Tan enfermo y melancólico que estaba fuera de su arena, en cuanto se puso en las tablas se volvió toda su persona en broma. Aun con la muerte sobre los labios hizo el salón resonar de aplausos delirantes, de tal manera, que un poeta más tarde, Juan Herman Wessel, le dedicó este epitafio: «Se llora, porque no está más; recuerda uno lo que era, y se ríe.»

Las comedias de Holberg aparecían pronto en traje extranjero. Hungría, Rusia, Francia, Holanda, las leían, y una de las mismas: *Jeppe paa Bjerget*, ó *el aldeano volviéndose conde*, obtuvo treinta ediciones suecas. El resultado metálico de su pluma lista apareció en fincas grandes, á las cuales el gobierno concedió una baronía, honrando al propietario con título de Baron.

Su vida larga y laboriosa terminó á los 70 años en el mundo, dándole á su conmemoración el mismo testimonio que él se daba en su cama de moribundo: «Toda mi vida he querido y tratado ser un ciudadano útil; y como comprendo que mis fuerzas de espíritu no son capaces de asistirme más adelante quiero morir.» Anchersen inscribió en su sepulcro: «Las obras ricas y magnas con que adornaba su patria, se rien de la muerte y de la tumba.» Epocas venían y corrían. La forma de muchas cosas se cambiaban con el tiempo, un edificio, por estilo de la Grande Opera de París, digno de Thalia, se levantó sobre el suelo del antiguo, pero la generación nueva no perdió de su vista las tradiciones grandes del tiempo pasado: el espíritu antiguo entró inaugurando las tablas, y todavía cada noche, cuando el genio brilla en el lustre del salón elegante y Copenhague se sienta en sus butacas, se lee sobre la cortina como una solicitud del hijo más ilustre de Noruega:

«¡No sólo para el placer!»

... Ya se ha puesto el Sol, señora. La Luna,

nadando en el océano azul del éter me presta una mirada, como queriendo decir: la noche está romántica, llena de hermosura como la plaza de Mina. Concederás ahora a tu espíritu un descanso!—y así lo hago.

Entretanto me quedo su afectísimo y seguro servidor q. s. p. b.

GAMBORG ANDRESEN.

NOTICIAS.

R. I. P.

S. M. la Reina Doña María Cristina de Borbon ha fallecido en el Havre el día 22 del corriente a las dos y cuarto de la mañana.

El CÁDIZ envía su respetuoso y sentido pésame a S. M. el rey D. Alfonso XII, y a toda la real familia, y pide a Dios por el descanso eterno de la augusta finada.

Hé aquí la adhesión que recibimos del Puerto de Santa María, y que apreciamos en su valor:

«Los que suscriben, deseando secundar el pensamiento regenerador de la literatura Andaluza iniciado por la señora D.^a Patrocinio de Biedma, se adhieren a la *Federación científico-literaria* recientemente organizada, aceptando sus bases y Reglamento orgánico aprobado en Junta general el 6 de Julio próximo pasado, y publicado en el CÁDIZ, órgano oficial de la misma.

Puerto de Santa María, 1.^o de Agosto 1878.—Edmundo Mac-Costello, José Castroverde y Quirós, Joaquín Medinilla y Bela, Ángel Medinilla y Bela, Cayetano González de la Cotera, Antonio Manrique de Lara, José de Pasos, Francisco Verges, Tomás Manrique de Lara, José Mayoral, Francisco Nicolau, Guillermo Patterson, Ramon Ordoñez, Francisco de la Puente, Mariano Caire, Manuel García Encinas, Tomás Martínez, Fernando de Benito, Guillermo de Alberti, Antonio J. de los Reyes, José M.^a Bello, Antonio Bayo y Tozar, Enrique Verges, Pedro Fernandez de la Mota, Francisco Cañas, Juan Gonzalez Calvo, Rafael Sainz de Miera, Roberto J. Pikman, Eduardo Thuillier, Jaime Ferrer.»

Hemos recibido *Le Progrès Industriel, Courrier des Expositions*, revista ilustrada que se publica en París, *La Feuille d'Olivier, Revue internationale*, de Berlin, *Les états-unis d'Europe, journal de la ligue internationale de la paix et de la liberté* que aparece en Génova, y *La Patria* de Madrid. Aceptamos con gusto el cambio y agradecemos el envío.

El 26 de Setiembre, tendrá lugar en París el *Congreso de la Paz*, organizado por las sociedades de la Paz, de Francia, de Inglaterra, de América y de Holanda.

Dirigirse para más detalles a M. M. Lemonnier, presidente de la Liga de la Paz y de la Libertad, rue Trenchet, 2, París.

Suplicamos a los Sres. encargados de correos se sirvan averiguar en qué consiste que no lleguen a esta redacción los libros que se nos envían: la Sra. D.^a Sofia Tartilan ha tenido la bondad de remitirnos dos tomos, que no hemos recibido; el Sr. D. Ezequiel Llorach nos remitió su libro *Vibraciones del sentimiento*, y como tampoco llegó, ha tenido que duplicarle, certificándolo, y otros varios folletos, entregas y periódicos que nos faltan. Si pagando tan caro hoy el correo, se pierde además lo que no se certifica, será cosa de renunciar a ese medio de comunicación.

Hemos tenido un placer en leer el libro de poesías de D. Ezequiel Llorach, *Vibraciones del sentimiento*, que revela en su autor notables condiciones de poeta: hay algunas composiciones sentidísimas, y otras impregnadas de un profundo sabor filosófico. Felicítamos al autor, y recomendamos la obra que se vende al precio de cinco pesetas en las principales librerías de Madrid.

Ha fallecido la joven actriz gaditana Sra. D.^a Carolina Santos de Arias, que tantas simpatías contaba en esta ciudad. Enviamos a su viudo nuestro sentido pésame.

Nuestro estimado amigo D. Bernardino de Sobrino, presidente de la Liga de Contribuyentes, ha salido para los baños de Sta. Agueda. Le deseamos un feliz viaje.

Ha empezado a actuar en el agradable teatro *Principal*

una notable compañía que dirige el simpático actor señor Albarran. Falta hacia en esta época en que tantos forasteros buscan en Cádiz solaz, un centro tan culto de reunión como un teatro, y nos alegramos de ello.

Excediendo ya el número de socios de los que fija el reglamento, nuestra Directora ha propuesto para la junta de la *Federación literaria* del Puerto de Santa María a los señores cuyos nombres damos a continuación, quedando acordado presentarles a la Junta central de Sevilla en la próxima reunión, para que sea aprobada ó modificada, según la opinión de la mayoría, esta candidatura.

He aquí las dignas personas a que hacemos referencia:

Presidente, D. Edmundo Mac-Costello: Vice-presidente, D. Antonio Manrique de Lara: Secretario, D. José Castroverde y Quirós: Tesorero, D. Juan Gonzalez Calvo: Vocales, D. Ángel Medinilla y Bela, D. Joaquín Medinilla, D. José Mayoral y D. Eduardo Thuillier.

Un triunfo escénico más pueden añadir a los que cuentan, los distinguidos jóvenes que componen la Sociedad Dramática Gaditana, pues con la perfección del público conocida, representaron la noche del 26 en el teatro *Principal*, el drama en tres actos y en verso de Echegaray, *La Esposa del Vengador*, y la graciosa pieza *Perro 3, 3.º izquierda*.

Las fuertes escenas de que está lleno el expresado drama fueron expuestas al público con maravillosa exactitud, principalmente por el señor D. Luis Abarzuza, que cada día va adelantando en el difícil arte dramático: al final de cada acto fueron llamados a la escena, entregándosele al concluir el tercero a la señorita Ballesteros, dos ramos de flores y una caja que por su forma creemos contendría un abanico, como prueba del agrado con que se la ha visto compartir sus lauros con la Sociedad dramática gaditana.

Una corona poética, compuesta por varios distinguidos literatos, en memoria del apreciable joven D. Manuel García de la Lama, se leyó; y con sus aplausos manifestó el público unirse al sentimiento que motivaba tan bien escritas poesías, con especialidad por el Sr. Lopez Arzubalde, que con voz clara y conmovida entonación dió lectura a dos de ellas.

La piececita *Perro 3, 3.º izquierda*, causó tal hilaridad desde el principio, que apenas podían oírse a los que la representaban.

La señora Cruz y la señorita Ballesteros en una y otra obra, como los señores Abarzuza (don Luis y D. Antonio), Pró y García, fueron como hemos dicho, aplaudidísimos, haciendo el público justicia a su trabajo, aplicación y excelentes dotes.

La concurrencia que había acudido era tal, que a más de llenar todas las localidades ocupaba las sillas de la orquesta y algunas más que se pusieron, abundando en todas partes un sinnúmero de bellas jóvenes que hacían olvidar a ratos hasta el calor que se sentía.

Agradecemos mucho a nuestro estimado y discreto colega *El Duende* las frases de afecto y consideración que dedica a nuestra revista y a nuestra Directora.

Agradecemos al *Casino Gaditano* la invitación que se ha servido dirigirnos para su *Reunión de confianza* en la noche del Miércoles 28. Esta tuvo lugar con la mayor brillantez.

OBRAS DE PATROCINIO DE BIEDMA.

El Héroe de Santa Engracia, poema épico.

Guirnalda de Pensamientos, poesías.

Recuerdos de un ángel, elegías.

Dramas íntimos, episodios en verso con la biografía de la autora.

NOVELAS.

Blanca.

Cadenas del corazón.

El capricho de un lord.

Sensitiva.

La botella azul.

El testamento de un filósofo.

El odio de una mujer.

El secreto de un crimen.

Las almas gemelas.

La flor del cementerio.

EPISODIOS.

¡Dos minutos!

Desde Cádiz a la Habana.

Una historia en el mar.

Fragmentos de un álbum.

Habiendo pedido varios Sres. Suscritores muchas de estas obras, y estando agotadas las ediciones de ellas, se va a proceder a hacer una nueva, que las coleccionará en tres grandes tomos. Los Sres. que quieran ser suscritores, tendrán la bondad de avisarlo así, para que figuren sus nombres en la lista que irá al final del último tomo.

Cada uno de ellos costará 10 pesetas: los Sres. Suscritores sólo abonarán por los tres 25.

No se exigirá el importe de suscripción hasta que empiece a repartirse el primer tomo.

Dirigirse a Patrocinio de Biedma, Herrador, 8, Cádiz.

ANUNCIOS.

CUENTOS DE SALON.

Se ha publicado el tomo quinto de la nueva serie, con la tercera edición de la novela

LA NUBE NEGRA.

POR

TEODORO GUERRERO.

Se vende a 5 rs. en la librería de Morillas.

Están de venta las siguientes novelas de Guerrero, publicadas en la Primera serie: *Una perla en el fango*, un tomo. — *El Velloco de oro y Fea y pobre*, un tomo. — *La manzana de la discordia y El Sueño de la felicidad*, un tomo. — *Madrid por dentro*, dos tomos. — *Anatomía del corazón*, dos tomos. — En la segunda serie, *Las trece noches de Carmen*, 5 rs. — *Fábulas en acción* 7 rs. — *Los Mártires del amor*, 5 rs. — *El escabel de la fortuna*, idem.

Se ha publicado la segunda edición del libro satírico y humorístico de Guerrero, *LAS LLAVES*, 40 rs.

Pedidos al Administrador de los *Cuentos de salon*, calle de Claudio Coello, 43, en Madrid, remitiendo el importe.

LECTURAS PARA LAS DAMAS.

BIBLIOTECA

DE

NOVELAS ORIGINALES

DE

FAUSTINA SAEZ MELGAR.

Precio de un tomo, una peseta en toda España.

Los corresponsales fijarán el precio en el extranjero y Ultramar.

Administración, calle de Jacometrezo, núm. 61, 2.^o, Madrid.

ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO

DEL

TEATRO ESPAÑOL,

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DÍAS,

POR D. ROMUALDO ALVAREZ ESPINO

CON UN PRÓLOGO

DEL EXCMO. SR. D. FRANCISCO FLORES ARENAS,

libro que tanto puede servir para la enseñanza, como para la consulta, y en el que se hallan recopilados los trabajos esparcidos por nuestros más ilustrados literatos en tratados estensísimos de *Literatura general*.

Esta obra, que consta de 75 pliegos en cuarto prolongado, de impresión muy compacta, pero clara, se hallará de venta al precio de 60 rs. en Cádiz en la tipografía *La Mercantil*.

A los Sres. Corresponsales se les hará una baja de un 20 por 100 en los ejemplares que pidan, advirtiéndoles que deben hacer los pedidos cuanto antes, por ser la tirada muy corta y haber servido ya algunos de consideración.

LA HIGIENE DEL HOGAR

POR

EL DR. LOPEZ DE LA VEGA.

Esta obra es indispensable para que las familias estén al corriente de todos los permeneros de la *Higiene*.

No hay detalle que no abarque, con un estilo claro, sencillo, y según los principios más severos de la *Higiene*, sin la cual no es posible que en las casas pueda haber salud y alegría.

Es obra que puede servir de consulta para todos los casos, desde el más árduo, hasta el que parezca más trivial. Todas las clases hallarán en ella mucho que aprender, para su utilidad y buen gobierno.

Los establecimientos de enseñanza, los talleres, las fábricas, las embarcaciones y todos los centros donde se reúnan muchas personas no perderán nada en adquirir este libro.

Los médicos, cirujanos y farmacéuticos, harán un servicio a las familias, propagándolo y recomendándolo.

Véndese a 2 pesetas en toda España, pidiéndolo, previo pago, a la Administración de *La Guirnalda y Episodios Nacionales*, Barco 2, Madrid.

LOS DOCE ALFONSOS.

Romancero nacional

POR

D. Ramon Garcia Sanchez.

En prensa ya esta obra y no habiendo de tirar más que el número justo de ejemplares, las personas que quieran recibirla y figurar en la lista de suscritores que encabezan los nombres de SS. MM. pueden dirigirse a la administración, *Lobo, 12, pral. derecha*.

La obra, elegantemente impresa, se publicará por cuadernos de 32 páginas y cada uno costará 2 rs. en toda España, no excediendo de 16 el número total de ellos.

CADIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL

DE D. JOSE RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ, editor.

Sacramento, 39 y Bulas 8.